

Los romanos que todavía conservaban en sus venas una gota de sangre de sus antepasados, veían en la mayoría de esos juegos de manos, aun cuando fuesen ejecutados por jóvenes y hombres, un ejercicio en el cual la conciencia perdía fácilmente parte de su fuerza, ⁽¹⁾ la moral estaba expuesta inevitablemente á graves atentados, y el cuerpo no obtenía todas las ventajas que esperaban alcanzar. Juzgaban del mismo modo las numerosas especies de métodos de endurecimiento y de curación, que consistían en abluciones continuas, en la aplicación de agua fría y gimnasia de salón, métodos con los cuales los médicos de aquella época buscaban el medio de adquirir fama y dinero; ⁽²⁾ y se escandalizaban viendo á las jóvenes y mujeres cultivar aquellos ejercicios con tal pasión. Pero á ellas no les importaba nada de las apreciaciones de aquellos hipocodriacos anticuados, pues precisamente la contradicción era lo que más las excitaba, ya que se proponían darles de una vez un buen ejemplo de grandeza y fortaleza. Y así, de tal modo tomaban en serio las cosas, que sin inquietarse por la suerte que podía correr su hermosura, á la cual, sin embargo, estimaban en mucho, se alimentaban de la misma manera que los gladiadores, ⁽³⁾ se frotaban el cuerpo como ellos con una grasa pegajosa, ⁽⁴⁾ y lo rociaban después con arena y polvo, ⁽⁵⁾ para fortalecer sus huesos, robustecer sus músculos, endurecer sus nervios y hacer tersa su piel. Para endurecerse aun más, hacían ejercicios de mariner, ⁽⁶⁾ ó corrían por la mañana á sumergirse en el Tíber lleno de hielo. ⁽⁷⁾ Así preparadas, calzaban botas de montar, metían sus manos delicadas en guantes de gladiadores, envolvían su cuerpo en algodón en rama,

(1) Plinius, 29, 8 (1), 9.

(2) Tacit., *Annal.*, 14, 20. Plinius, 25, 47 (14), 2. Plinius jun., *Ep.* 4, 22. Plutarch., *Quæst. rom.*, 40.

(3) Plinius, 29, 5 (1), 5.

(4) Juvenal, 2, 53. Marcial, 7, 67, 12.

(5) Juvenal, 6, 246 (ceroma, χήρωμα).

(6) Marcial, 7, 67, 5 y sig. Plutarch., *Quæst. conviv.*, 2, 4, 4. Ovid, *Met.*, 9, 35 y sig.

(7) Juvenal, 6, 102.

y lo cubrían de una coraza, se ponían en la cabeza un casco de visera, ⁽¹⁾ convirtiéndose así en verdaderos gladiadores. Después emprendían el pugilato, ⁽²⁾ rodaban por el suelo, ⁽³⁾ con el fin de excitar la envidia de un héroe del anfiteatro, y llegaban hasta esgrimir la espada, primeramente contra un maniquí de madera en la sala de armas, ⁽⁴⁾ y finalmente contra un adversario de carne y hueso.

Como es lógico, nadie puede suponer que aprendiesen todo esto, á precio de tantas fatigas, únicamente para atender á las necesidades de la casa. Sin duda, estas pruebas de fuerza proporcionábanles buenos servicios en el hogar doméstico, pues los esclavos, y á veces también el marido, podían testificar de la fuerza, del vigor y de la prontitud en distribuir golpes que adquiría con el tiempo el brazo de una mujer después de un estudio tan serio. ⁽⁵⁾ Pero estos pequeños éxitos debían producir en aquellas heroínas caballerescas la necesidad de dar pruebas públicas de sus conocimientos y de su talento. La ocasión se presentaba en todas partes. En cada paseo solitario que hacían á través de campos ó selvas, encontraban aquí y allá un pobre diablo á quien podían hacer sentir de paso su superioridad descargándoles un latigazo. ⁽⁶⁾ Igualmente, cuando el perro que guardaba la casa del vecino había turbado su sueño en pleno día, la amazona corría al patio del propietario del perro aturdido, y empezaba por aplicar una fuerte corrección primeramente al amo, y luego al animal criminal. ⁽⁷⁾ Claro está que los pacíficos ciudadanos evitaban todo encuentro con aquellas heroínas, cuando se paseaban en coche; tal era la altivez con que miraban al pobre pueblo desde lo alto de su asiento, y tal la rapidez vertiginosa con que conducían su tren. De lejos, hubiérase creído que

(1) Juvenal, 6, 522 y sig.

(2) *Id.*, 6, 252.

(3) *Id.*, 2, 53.

(4) *Id.*, 6, 247.

(5) *Id.*, 6, 247 y sig.

(6) *Id.*, 6, 413 y sig.; cf. 8, 129.

(7) *Id.*, 6, 415 y sig.

todo un ejército estaba en movimiento. ⁽¹⁾ Pero todo el cuidado que ponían en evitar su encuentro no las satisfacía totalmente. Hubieran preferido encontrar en cada rincón de la calle un Héctor y un Aquiles. Pero, con grandísimo sentimiento, se veían reducidas á matar un animal de caza inofensiva, á conducir, desde su elevado sitio, ⁽²⁾ un tiro formado, en cuanto era posible, no con caballos, sino con leones domesticados, ⁽³⁾ á pasar la noche en orgías con una escolta compuesta de los más corrompidos libertinos. ⁽⁴⁾ Si en aquella época se hubieran conocido las bicicletas de señoras, quizá las cosas hubieran ido un poco mejor.

Pero todo aquello no podía satisfacer su corazón ávido de proezas, por lo que seguían á los soldados á caballo, tomaban parte en sus carreras, ejercicios y maniobras ⁽⁵⁾ y atormentaban despiadadamente, en las provincias, á los pobres sin socorro y sin defensa. ⁽⁶⁾

Impulsadas por una sed desesperada de llevar á cabo acciones grandiosas y procurarse gloria, desaparecían algunas veces durante cierto tiempo con un gladiador, únicamente para que se ocupasen en ellas. ⁽⁷⁾ Pero todo esto no servía sino para excitarlas más, como una gota de agua tibia excita á un hidrópico. Al final, todo lo que podía constituir el objeto digno de su fuerza y su ambición se reducía á la lucha con toros y tigres, lucha á muerte con los gladiadores, sangre humana vertida en medio de los estrepitosos aplausos de la alta sociedad, á la vista de la corte, ante la admiración muda del pueblo, sangre derramada por la mano delicada de una mujer. Si hombres pertenecientes á las esferas más elevadas se conquistaban

(1) Juvenal, 6, 418 y sig.

(2) Propert., 4, 8, 15 y sig.

(3) Plin., 8, 21 (16) 2. Plutarch., *Anton.*, 9, 4.

(4) Cicero, *Pro Caelio*, 15.

(5) Tacit., *Annal.*, 2, 55. *Histor.*, 1, 48.

(6) Tacit., *Annal.*, 3, 33. Juvenal, 8, 129. Cf. Tacit., *Annal.*, 4, 20. Champagny, *Les Césars*, (5) II, 305 y sig.

(7) Juvenal, 6, 105 y sig.

una gloria inmortal con tales hazañas; ¿por qué ellas habían de quedar excluidas? Después de haberse despojado de los últimos restos del sentimiento de delicadeza á consecuencia de su tendencia á leerlo todo, á saberlo todo, á oirlo todo, y discutirlo todo en los salones, á verlo todo en los teatros y en el baile, el deseo de hacerse admirar por todo el mundo, era completamente natural. ⁽¹⁾ Así fué como Roma tuvo que ver cosas horrosas: mujeres de la más alta distinción, descender con senadores al anfiteatro para luchar con animales salvajes y con los desechos de la humanidad, que hacían del homicidio su oficio y profesión. ⁽²⁾

El único consuelo que resta, es que tales excesos no constituían la regla general. ⁽³⁾ Sin embargo, el daño causado por un solo caso de semejante desmoralización pública es más grande que la utilidad del ejemplo dado por gentes honradas que cumplen con sus deberes en silencio. Además, si esas gentes honradas han llegado á ser, por consecuencia de una educación errónea puramente externa, naturalezas de hadas pálidas y débiles, cuyo total esfuerzo consiste en divertirse, cuya educación tiene un brillo aparente, superficial, y cuya virtud se halla enervada por la coquetería, la agudeza de espíritu y la comodidad, ¿qué contrapeso pueden oponer todos juntos á unas cuantas amazonas degeneradas? Ved esas criaturas etéreas, jóvenes modestas, honradas matronas, sentadas todo el día delante de su instrumento. ⁽⁴⁾ Antiguamente, en épocas de mayor rigidez, se creía que una mujer podía fácilmente comprometer su reputación con el canto, el baile, y otros artes ligeros análogos. ⁽⁵⁾ Pero en aquella época, semejantes mezquinos prejuicios, habían cesado hacía ya mucho tiempo,

(1) Seneca, *Quæst. nat.*, 7, 32.

(2) Tacit., *Annal.*, 15, 32. Dio Cass., 61, 17; 66, 25. Joann. Damasc., *Fragm.*, 84 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 417). Statius, *Silvæ*, 1, 6, 53 y sig. Sueton., *Nero*, 4.

(3) Juvenal, 2, 53.

(4) Juvenal, 6, 379 y sig. Plin., *Ep.* 4, 19. Ovid., *A. a.*, 3, 315 y sig.

(5) Sallust., *Catilina*, 25.

y las agitaciones y los cantos sin fin, eran causa de la desesperación de toda la vecindad. El marido estaba enfermo en cama, el médico manifestaba inquietudes sobre la salud del niño, pero la señora de la casa, sentada en su salón, tocaba y cantaba, y se veía cada día rodeada de una sociedad de aficionados, ⁽¹⁾ cuyo gusto artístico y entusiasta no era precisamente muy grande en cuanto á su pericia en el arte, pero que se le hacían, sin embargo, interesantes por sus alabanzas, y sabían aprovecharse de la cocina y de la bodega, si es que no abrigaban peores intenciones. ⁽²⁾

Inútil querer demostrar que la sociedad profundamente enferma no podía ser curada por seres tan degradados. Pero lo que sí podemos perfectamente creer es que los mejores estaban completamente enervados, y á menudo corrompidos por una música afeminada, como la que se ejecutaba entonces, sobre todo cuando se cultivaba con tal pasión y exceso. Por lo menos, los autores de aquella época se quejan con frecuencia amargamente de las funestas consecuencias producidas por una música tan voluptuosa y desmoralizadora. ⁽³⁾

6. Decadencia de una época producida por la decadencia, y especialmente por la falsa formación de la mujer.—Así es como Roma, cuya fuerza descansó tanto tiempo sobre la vida de familia relativamente pura, pereció en gran parte por la decadencia del sexo femenino. Éste mismo declinó, gracias á una educación enteramente falsa. ⁽⁴⁾ «¿Cómo vida semejante puede armonizarse con la castidad?»—pregunta un poeta, no muy escrupuloso en asuntos de moral. ⁽⁵⁾ En semejantes circunstancias, ¿era po-

(1) Manilius, 4, 527 y sig.; 5, 329 y sig.

(2) Horat., *Sat.*, 1, 9, 25; 10, 90 y sig. Seneca, *Brev. vitæ*, 12. Ovid., *A. a.*, 1, 595 y sig.

(3) Quintilian., 1, 10. Juvenal, 6, 314 y sig. (Cf. *Ælian.*, *Nat. an.*, 12, 44) Aristoxen., *Frag.*, 90 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 291). Plutarc., *De esu carniæ*, 2, 2, 3. *De musica*, 15, 1. *Quæst. conviv.*, 9, 15, 17. Maxim. Tyr., 37, 4.

(4) Tacit., *Orat.*, 29. Quintilian., 1, 2.

(5) Juvenal, 6, 252.

sible que aquellas mujeres no mirasen con desden el amor al trabajo, que en tiempos pasados había sido tan honrado en sus hogares? ⁽¹⁾ ¿Cómo hubiesen podido cumplir con los deberes tan humildes y penosos de una madre? ⁽²⁾ De aquí que, habiendo recibido una instrucción superior á su inteligencia y á las conveniencias de su sexo, debiesen naturalmente perder la idea de la medida, de la moderación y del lugar que convenía á su sexo. Creían tener ya, por naturaleza, el derecho de mandar al hombre. ⁽³⁾ Ante los extranjeros, sabían sin duda mostrarse amables, y aun atractivas; pero, en sus casas, distribuían más acíbar que miel. ⁽⁴⁾ La ligereza y la superficialidad, unidas, por un lado, al espíritu de curiosidad, y, por otro, á una naturaleza orgullosa, repulsiva, como es natural con tal educación, habían venido á ser la herencia de la juventud femenina, hasta tal punto, que se miraba como un milagro que una joven quedase exceptuada del común contagio. ⁽⁵⁾ No sin razón, un poeta de los más depravados de aquella época reprocha á las mujeres romanas que se quejaban de la degradación de los hombres, el ser ellas mismas ante todo la causa de esta degradación. ⁽⁶⁾

Los hombres contribuían, por su parte, á la corrupción de las mujeres. Guardaban silencio sobre todo esto, y favorecían aquella conducta, en parte, por ceguedad, en parte, por flaqueza, y en parte también por miras inmorales. Con falsa cortesía y coquetería exagerada, atormentaban la cabeza de aquellas pobres criaturas. En las altas esferas, se había introducido la costumbre de honrar á las jóvenes, desde catorce años, con el título de maestras. ⁽⁷⁾ Ahora bien, en aquella época la palabra *maestra* tenía el significado de un ser sobrenatural, divino. ⁽⁸⁾ Augusto ha-

(1) Juvenal, 2, 54 y sig.—(2) *Id.*, 6, 592 y sig.

(3) Horat., *Carm.*, 3, 24, 19 y sig. Juvenal., 6, 224. Plautus. *Aulul.*, 2, 1, 47; 3, 5, 61.

(4) Juvenal, 6, 180 y sig.—(5) Plutarch., *Pompei*, 55, 1.

(6) Marcial, 12, 97.—(7) Epictet., *Manuale*, 40.

(8) Joseph. Flav., *Bell. Jud.*, 7, 10 (37), 1. Epistola Smyrn., *De matyrio S. Polycarpi*, c. 8. Tertull., *Apolog.*, 34. Epictet., *Diss.*, 4, 1, 12, 13.

bía rechazado con displicencia este título que quisieron darle. ⁽¹⁾ Sólo Domiciano lo aceptó en su sed insaciable de deificación. ⁽²⁾ ¿Qué debía ocurrir entonces con aquellas jóvenes criaturas, á las que una educación mal dirigida en su temprana edad había ya llenado de ilusiones, cuando eran tratadas como seres superiores por senadores y generales? ¿Quién censurará á la pobre mujer, si traspasa todo límite, cuando una galantería falsa, exagerada, la ha hecho dueña, por no decir ídolo, de la sociedad?

Se infiere de lo dicho que un sexo no peca jamás solo; jamás él solo es causa exclusiva de toda corrupción. Las mujeres no tienen razón alguna en atribuir toda la culpa al hombre, y los hombres serían culpables, si considerasen á la mujer como causa de todo mal. Ni los hombres ni las mujeres pueden, aisladamente, arruinar á una sociedad. Pero llegarían bien pronto á hacerlo obrando de concierto. El hombre es causa de la mayor parte de la falta, pero su mejor instrumento es la mujer. La mujer es la que forma las costumbres, y por ella subsiste ó cae una sociedad. Si se quiere conducir una época á su ruina, no hay más que quitar á la mujer su dignidad y su situación por medio de una falsa educación. Desde luego, se trata con orgulloso desprecio á la mujer que se conduce como tal; y luego, una vez seducida, le hacen perder la cabeza con exagerados homenajes. Bien pronto se avergüenza de ser lo que es, y de cumplir con las verdaderas funciones que le convienen. Lo restante viene rápidamente. En la capital del mundo, se comprendió esto perfectamente. Una vez corrompida la mujer, ésta corrompió á Roma y Roma corrompió al mundo. Así zozobró el mundo antiguo. ¡Quiera Dios que el mundo moderno no camine á su ruina por esta misma vía! ¡Desgraciadamente, la condición primaria de esta decadencia, la corrupción de la mujer por una educación falsa, existió en muy alto grado! ⁽³⁾

(1) Sueton., *Octav. Aug.*, 53.

(2) *Id.*, *Domitian.*, 13.

(3) Cf. Diel und Kreiten, *Clemens Brentano*, I, 123 y sig.

CONFERENCIA XIV

LA FORMACIÓN DE LA VOLUNTAD

1. **La debilidad moral humana, es decir, la debilidad de la voluntad.**—Desde la época de Homero, las quejas sobre la debilidad humana constituyen uno de los manantiales más fecundos en que beben los poetas. Cuando han visto que la gloria no es más que ilusión y la belleza humo; cuando el mismo amor sensible, cuyos suspiros hacen vibrar con sonidos siempre uniformes los acordes de su lira, satura su corazón de hastío, entonces este mar inagotable, lleno de tempestades y amarguras, viene á ser para ellos objeto de reflexiones y de poesía. Así como en otoño, un sordo estremecimiento corre á través de las amarillentas hojas de los árboles, así millares de cantos dejan escapar suspiros. Lo mismo que el polvo revolotea en verano, las aguas del lago se agitan á la proximidad de la tromba, y las obras maestras del artista son destruídas por un temblor de tierra, así el hombre se agita, tiembla y cae precisamente en el momento en que su poder y esplendor parecían haber llegado á su más alto grado.

Sí, los poetas tienen razón; el hombre es débil. Pero ¿por qué canta sin cesar la nada de sus obras y de sus creaciones? Desgraciadamente, esto importaría poco, si en el fondo no se ocultase otra cosa. Más débil es aún interior que exteriormente, y en esto consiste su miseria propiamente dicha. Su debilidad es tan grande, que experimenta ya una impresión desagradable, sólo con oír hablar de ella; tan grande, que es muy difícil convencerle de ella,